

CAMINAR HACIA PLENITUD DE LA VERDAD

FRANCISCO CONESA

Nuestra existencia entera se encuentra orientada hacia el encuentro final con Dios. También nuestro conocimiento de la verdad se encuentra situado en una perspectiva escatológica. En efecto, nuestro conocer, aun alcanzando la verdad, que es su objeto, espera poseerla en plenitud. Este planteamiento nos invita a la interrogación: ¿qué significado tiene la esperanza en alcanzar la verdad plena?, ¿qué implicaciones y consecuencias se derivan de ello?

1. PUNTO DE PARTIDA: UNA EXPRESIÓN CONCILIAR

Tomamos como punto de partida de nuestra reflexión una expresión conciliar que se contiene en la constitución sobre la revelación divina: «La Iglesia camina a través de los siglos hacia la plenitud de la verdad, hasta que se cumplan en ella plenamente las palabras de Dios»¹.

El Concilio presenta a la Iglesia en peregrinación y camino hacia la gloria celeste. En ese caminar la Iglesia va avanzando en el conocimiento y vivencia de la verdad. Como explicó el arzobispo Florit —relator del Concilio— «se trata de un proceso interno, el cual es propio de una realidad viva y no cambia la sustancia de la cosa que progresa y, sin embargo, la perfecciona»². A partir de lo ya dado germinalmente, se desarrolla el conocimiento de la verdad.

Entre Dios y su pueblo hay un diálogo permanente, un coloquio abierto. Dios «no cesa» de hablar a la Iglesia³. La actitud de la Iglesia es la de escucha permanente de la Palabra de Dios: *Dei Verbum religiose audiens*. Esta recepción, comprensión y penetración de la Palabra de

1. CONCILIO VATICANO II, Const. Dogm. *Dei Verbum*, 8.

2. *Relatio Hermenegildus Florit. De modis a Patribus Propositis*, en *Acta Synodalia Sacrosancti Concilii Ecumenici Vaticani Secundi*, vol. 4, pars V, Typis Poliglotis Vaticanis 1978, p. 740.

3. Cfr. *Dei Verbum*, 8.

Dios va creciendo en el transcurso de los siglos. La verdad revelada va expresando en plenitud sus contenidos. Se da, así, un avanzar en el tiempo hacia la *plenitudo veritatis*.

Es significativo que en la *Dei Verbum* no se habla de «verdades» en plural, sino de «la verdad». Se adopta una perspectiva orgánica y se resalta que las distintas verdades tienen como objetivo conducir a la verdad⁴. Por otra parte, el camino hacia ella no es sólo cognoscitivo. En el Concilio se rechazó expresamente la suposición de que la posesión de la verdad fuera meramente cognoscitiva⁵. Es la Iglesia, en toda su vida, la que debe caminar hacia la verdad.

Así pues, la Iglesia tiene como tarea y compromiso ir caminando hacia una comprensión cada vez mayor de la verdad recibida, acogién-dola y viviéndola de modo más pleno. En esa tarea debe dejarse guiar por el Espíritu Santo, que es quien «va introduciendo a los fieles en la verdad plena»⁶ y guía a la Iglesia entera a toda la verdad⁷. Es una misión que compromete a todo el pueblo de Dios, fieles y pastores, cada uno según su propio carisma.

Este proceso está abierto *donec in ipsa consummentur verba Dei*. Mientras llega la venida del Señor siempre quedará una palabra por cumplirse. El caminar hacia la verdad es una tarea que sólo acabará «cuando venga lo perfecto» (1 Cor 13, 10). El horizonte es la consumación de la revelación cuando se realice «la revelación de nuestro Señor Jesucristo» (1 Cor 1, 7; 2 Tes 1, 7) y la de su gloria (1 P 1, 7. 13; 4, 13).

2. HACIA LA PLENITUD DE LA VERDAD

¿Qué significa que la verdad es una meta que hay que alcanzar? ¿qué añade el horizonte escatológico a nuestra comprensión del conocimiento humano?

a) *Una verdad que se realiza en la historia*

En primer lugar, la perspectiva escatológica reclama una concepción dinámica de la «verdad». De la Poterie ha insistido en que existe

4. Cfr. L. ALONSO SHÖKEL, *El dinamismo de la Tradición*, en ID. (dir.), *Comentarios a la constitución Dei Verbum*, BAC, Madrid 1969, pp. 293s.

5. La Comisión doctrinal no aceptó la objeción de Mons. Parente, que proponía decir «plenitud del conocimiento de la verdad divina» (cfr. BETTI, U., *La dottrina del Concilio Vaticano II sulla trasmissione della rivelazione*, Pontificii Athenaei Antoniani, Roma 1985, p. 184).

6. *Dei Verbum*, 8.

7. Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. Dogm. *Lumen Gentium*, 4.

un modo propiamente cristiano de entender la verdad, el cual tiene su fundamento en la Escritura⁸. Según esta concepción, la verdad y la historia no se entienden como realidades opuestas.

Para la Sagrada Escritura el término «verdad» designa, no a Dios mismo, sino la revelación de Dios. Ahora bien, esta revelación acontece en la historia; la revelación divina se realiza en la vida de los hombres. Por eso, la verdad cristiana está en la historia, aunque —por su origen en Dios— supera y trasciende la historia. Pues bien, así como la existencia del cristiano se encuentra en tensión entre el «ya» y el «todavía no», también la verdad se encuentra, por una parte, volcada al pasado, a la revelación histórica en Jesús, pero, por otra parte, en dinamismo escatológico, en una polarización constante hacia el futuro.

El autor de 2 P reconoce que, ya desde ahora, los cristianos están «sólidos en la verdad» (1, 12); pero esta verdad que ahora poseen sigue siendo incompleta; es como «una lámpara que brilla en un lugar oscuro, hasta que despunte el día» (1, 19). Y el Evangelio de Juan presenta al Paráclito como el que debe guiar a la comunidad «hasta la verdad plena» (Jn 16, 13). En consecuencia, desde la perspectiva cristiana, la verdad es la revelación del designio de Dios que ha encontrado su cumplimiento en Jesucristo y que se va profundizando progresivamente en el corazón de los creyentes mediante la acción del Espíritu Santo.

b) *Una concepción dinámica del conocimiento*

El horizonte escatológico supone, también, una concepción dinámica del conocimiento humano. Por una parte, subraya la capacidad humana para llegar al conocimiento de la verdad. El ser humano está abierto a la verdad. Esto supone una confianza en la dignidad de la razón humana, «capaz de conocer lo verdadero y de buscar lo absoluto»⁹.

Pero el conocimiento de la verdad —como cualquier conocimiento humano— es siempre perfectible. No podemos agotar la verdad, sino que tendemos a ella. La percepción humana de la verdad crece a lo largo de la historia¹⁰. Mediante el esfuerzo de sucesivas generaciones humanas vamos acumulando un conocimiento que, si es genuino, siempre será conocimiento de la verdad, aunque sólo sea parcial o aproxi-

8. Cfr. I. DE LA POTTERIE, *Historia y verdad*, en LATOURELLE, R., O'COLLINS, G. (eds.), *Problemas y perspectivas de teología fundamental*, Sígueme, Salamanca 1982, pp. 130-159.

9. JUAN PABLO II, Enc. *Fides et Ratio* (14-10-98), 47. Gran parte de esta comunicación está pensada y planteada a la luz de lo que se dice en esta Encíclica.

10. Cfr. F. CONESA, J. NUBIOLA, *Filosofía del lenguaje*, Herder, Barcelona 1999, 156-161.

mado. La realidad es multilateral y, por ello, la verdad no puede ser agotada por ningún conocimiento humano. Siempre está abierta a nuevas formulaciones. Conocemos una parte, una faceta o aspecto parcial de las cosas. Esto no significa que el conocimiento sea falso, sino que debe crecer.

c) *Una dirección al conocimiento*

Toda verdad alcanzada es sólo una etapa hacia la meta que es la verdad total que resplandecerá en la revelación última de Dios¹¹. La orientación fundamental de la existencia hacia las realidades últimas señala una dirección a nuestro conocimiento. Como dice Llano, «nuestra tarea es avanzar en el conocimiento de esas muchas verdades, para irnos acercando a la Verdad del Uno por esencia, en quien la búsqueda se aquieta»¹².

La esperanza de alcanzar la verdad última es la que da sentido a la búsqueda humana. Sólo el Absoluto puede dar respuesta y sentido al deseo de verdad presente en el hombre. La conquista de verdades parciales no culmina el conocimiento humano; sólo ante el Absoluto encuentra su acabamiento¹³. El hombre no se puede detener nunca en su búsqueda de la verdad, siempre «suspira hacia la infinita riqueza que está más allá, porque intuye que en ella está guardada la respuesta satisfactoria para cada pregunta aún no resuelta»¹⁴.

Además, esta búsqueda de la verdad plena induce a nuestra mente a «no pararse nunca»¹⁵, a «ir siempre más allá»¹⁶, a estar siempre en búsqueda. La revelación de Dios empuja a ampliar constantemente el propio saber y «agudiza la mirada interior»¹⁷ del hombre para que descubra al Absoluto.

d) *Un conocimiento fragmentario del misterio de Dios*

Esto es así porque, en el estado de viador, el hombre sólo puede alcanzar un conocimiento fragmentario del misterio de Dios, lo cual se debe, en parte, a la finitud de nuestro entendimiento, pero sobre

11. Cfr. *Fides et Ratio*, 2.

12. A. LLANO, *Gnoseología*, EUNSA, Pamplona 1984, p. 35.

13. Cfr. *Fides et Ratio*, 27 y 33.

14. *Ibidem*, 17.

15. *Ibidem*, 14.

16. *Ibidem*, 42.

17. *Ibidem*, 16.

todo, a la infinitud del misterio de Dios, «que la mente humana no puede agotar; sólo recibir y acoger en la fe»¹⁸. Acogemos por la fe la automanifestación de Dios, pero no anulamos con ello el misterio, porque Dios permanece incomprehensible. «Para el alma —decía San Juan de la Cruz— esta excesiva luz que se da en la fe es oscura tiniebla»¹⁹.

Pero, al mismo tiempo, la fe es anticipo real de la visión, «preludio de la vida futura»²⁰. La fe es visión en ciernes porque inscribe en el hombre el dinamismo cuyo término es el conocimiento directo de Dios. La verdad revelada y acogida por la fe «es anticipación, en nuestra historia, de la visión última y definitiva de Dios que está reservada a los que creen en Él o lo buscan con corazón sincero»²¹. No podemos abarcar el misterio de Dios, pero por la fe de algún modo se anticipa la plenitud que esperamos. La plenitud de la revelación «ya» comunicada funda la esperanza de la comunidad eclesial de alcanzar lo que «todavía no» posee, a saber, la verdad escatológica de la gloria.

3. CÓMO AVANZAR EN EL CAMINO

La Iglesia camina, alentada por el Espíritu Santo, hacia su plenitud, que llegará con la Parusía de Jesucristo. ¿Cómo acontece ese caminar? ¿cómo avanza la Iglesia hacia la verdad plena?

a) *Conociendo y haciendo la verdad que ha recibido*

En primer lugar, conociendo y haciendo la verdad que le ha sido entregada, es decir, apropiándose progresivamente la revelación de Dios en Jesucristo por la comprensión y la praxis del Evangelio. La Iglesia «con su enseñanza, su vida, su culto, conserva y transmite a todas las edades lo que es y lo que cree»²². Se trata de un proceso de Tradición, que debe entenderse —según el Concilio— de modo dinámico, pues la Tradición «va creciendo en la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo»²³. La transmisión de la revelación tiene un carácter escatológico. Por la Iglesia y en la Iglesia está siempre llegando la re-

18. *Fides et Ratio*, 14. Vid n. 13 sobre conocimiento de fe y misterio de Dios.

19. S. JUAN DE LA CRUZ, *Subida al Monte Carmelo*, II, c. 3, 1.

20. S. TOMÁS DE AQUINO, *In III Sent.*, d. 23, q. 2, a. 1, ad 4.

21. *Fides et Ratio*, 15.

22. *Dei Verbum*, 8.

23. *Ibidem*.

velación acontecida en Jesucristo y permanece presente hasta la consumación de la historia.

Todo el existir de la Iglesia se sitúa entre las dos venidas de Cristo. La primera venida de Cristo es su punto de referencia constante porque tiene la misión de conservar y transmitir lo que ha recibido. Pero, a la vez, la Iglesia camina hacia el encuentro con el Esposo y, en ese caminar, va creciendo hasta que alcance su madurez en la parusía de Cristo²⁴. «Aunque la revelación esté acabada —se dice en el Catecismo—, no está completamente explicitada; corresponderá a la fe cristiana comprender gradualmente todo su contenido en el transcurso de los siglos»²⁵. Por eso, se puede decir que en cierta manera la Iglesia posee la plenitud y, a la vez, camina hacia ella.

Este proceso de actualización y comprensión de la revelación lo hace la Iglesia con toda su vida. Sucede, sobre todo, cuando se proclama el anuncio del evangelio (predicación), cuando se celebran los sacramentos y, de manera especial, la eucaristía (liturgia), cuando se la ejercita en la vida personal mediante las virtudes teologales (praxis cristiana), cuando se piensa en confrontación con las culturas (teología), cuando se acerca a la vida de los hombres (acción social) y cuando se entrega la vida por ella (martirio).

La dimensión escatológica exige que la Iglesia nunca esté satisfecha con la inteligencia del misterio de Cristo ya adquirida. La Iglesia, a lo largo de la historia, debe esforzarse por alcanzar una comprensión más profunda de la fe. Se trata de desplegar todas las virtualidades del misterio de Cristo. Este progreso en la verdad acontece no exclusivamente por vía de una profundización intelectual, sino, sobre todo, por vía de asimilación experimental y comprensión interna de los misterios que vive la comunidad creyente.

La garantía de que el progreso en la verdad es auténtico y tiende a la plenitud de vida de la Iglesia se halla en la asistencia permanente del Espíritu Santo.

b) *Mediante el diálogo*

Conscientes de que tenemos que recorrer un camino, los cristianos tenemos la obligación de buscar la verdad allá donde ésta se pueda encontrar, lo cual nos pone en actitud de diálogo con todo ser humano.

24. Cfr. J. DÍAZ MURUGARREN, *Fundamentos de la vida cristiana. Proyecto de teología fundamental*, Ed. San Esteban, Salamanca 1991, pp. 156-162.

25. CEC, 66.

Hay un antiguo adagio que recoge una profunda convicción cristiana: *omne verum, a quocumque dicatur, a Spiritu Sancto est*²⁶. La verdad, la diga quien la diga, sólo puede proceder del Espíritu de Dios. Por eso tenemos la obligación de buscar desinteresadamente la verdad, allá donde pudiera manifestarse. Este es el principio teológico que justifica la necesidad de diálogo.

Diálogo de la fe con la razón. La búsqueda de la verdad por parte del creyente se realiza en un movimiento en el que se confronta la Palabra proclamada y la búsqueda de la razón. De esta manera, la fe se profundiza y purifica y, por su parte, el pensamiento también se enriquece y abre a nuevos horizontes.

Diálogo con la cultura de los hombres. Toda cultura lleva impresa y deja entrever la tensión hacia una plenitud. En ella se ofrecen diversos modos de acercamiento a la verdad, que pueden valer la pena atender. Mediante el estudio, la ciencia, el trabajo o el arte la humanidad se eleva a la verdad. El cristiano debe tomar parte en la vida cultural y social, familiarizándose con las tradiciones de los pueblos y así «descubrir, con gozo y respeto, las semillas de la Palabra que ellas se contienen»²⁷.

Diálogo también con las religiones para discernir el modo en que se acercan al misterio de Dios y advertir en ellas los elementos providenciales y designios del amor de Dios hacia los hombres. Se trata también de descubrir las semillas del Verbo presente en ellas y estar atento a lo que el Espíritu ha podido obrar.

Podrá también el cristiano aprender mucho en el diálogo ya que, como advierte el documento *Diálogo y anuncio*, «pese a la plenitud de la revelación de Dios en Jesucristo, el modo como los cristianos comprenden su relación y la viven, a veces puede tener necesidad de purificación»²⁸. Las demás religiones pueden ayudar a ver aspectos de la verdad cristiana no suficientemente profundizados e invitan a la autocrítica. En un hermoso y clarificador texto del documento mencionado se explica: «La plenitud de la verdad recibida en Jesucristo no da a cada uno de los cristianos la garantía de haber asimilado plenamente tal verdad. En última instancia, la verdad no es algo que poseemos,

26. AMBROSIAS, *In 1 Cor 12, 3* (PL 17, 245). En la Edad Media se citó y glosó frecuentemente esta fórmula, que se atribuyó a San Ambrosio. Vid. otros textos en ALSZEGHY, Z., *Nova Creatura. La nozione della grazia nei comentari medievali di S. Paolo*, Universitatis Gregoriana, Romae 1956, pp. 196s. Tomás de Aquino recoge este principio en *Summa Theologiae* I-II, q. 109, a. 1, ad 1. Cfr. comentario de *Fides et Ratio*, 44.

27. CONCILIO VATICANO II, Decreto *Ad Gentes*, 11.

28. PONTIFICIO CONSEJO PARA EL DIÁLOGO INTER-RELIGIOSO-CONGREGACION PARA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS, *Diálogo y anuncio* (19-5-91), n. 32.

sino una Persona por la que tenemos que dejarnos poseer. Se trata, así, de un proceso sin fin. Aun manteniendo intacta su identidad, los cristianos han de estar dispuestos a aprender y recibir, por mediación de los demás, los valores positivos de sus tradiciones. De esta manera, el diálogo puede hacerles vencer sus prejuicios inveterados, revisar sus propias ideas y aceptar que a veces la comprensión de su fe sea purificada»²⁹. El diálogo puede enriquecer al cristiano ayudándole a percibir aspectos de su fe que no había considerado. El cristiano tiene que reconocer que puede crecer y avanzar gracias a los no cristianos, ya que su propia fe adquiere profundidad en el diálogo con ellos.

c) *Discerniendo en la historia los signos de los tiempos*

La Iglesia debe permanentemente escrutar los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio. Al realizar esta tarea crece también su percepción y comprensión de la verdad revelada. Así se expone en *Gaudium et Spes*: «Es propio de todo el Pueblo de Dios, pero principalmente de los pastores y de los teólogos, auscultar, discernir e interpretar, con la ayuda del Espíritu Santo, las múltiples voces de nuestro tiempo y valorarlas a la luz de la palabra divina, a fin de que la Verdad revelada pueda ser mejor percibida, mejor entendida y expresada en forma más adecuada»³⁰.

Como Iglesia debemos estar atentos a los desafíos de la historia y los esfuerzos de los hombres por encontrar sentido a su vida. Debemos escrutar permanentemente los signos de los tiempos percibiendo lo bueno y verdadero que, también hoy, Dios realiza en la historia junto con los hombres.

La Iglesia es consciente de que la verdad es una búsqueda que debe realizar con otros hombres y que ella sólo la posee en una perspectiva escatológica³¹. Por eso debe estar atenta a aquellos hechos históricos y aspiraciones de los hombres que favorecen el crecimiento de la humanidad.

Los signos de los tiempos impulsan a considerar seriamente el horizonte escatológico ya que ponen a todos, creyentes y no creyentes, en la espera del cumplimiento definitivo de la historia. Representan otras tantas etapas que marcan la llegada del Esposo y que es preciso vivir, por consiguiente, con ánimo atento y vigilante.

29. *Diálogo y anuncio*, n. 49.

30. *Gaudium et Spes*, 44.

31. Cfr. R. FISICHELLA, *La revelación: evento y credibilidad*, Sígueme, Salamanca 1989, p. 366.

d) *Participando en el esfuerzo común de toda la humanidad*

La Iglesia participa en el esfuerzo común de la humanidad por alcanzar la verdad³². La verdad es aquello que los seres humanos primordialmente anhelamos y buscamos. La Iglesia reconoce la capacidad de verdad de los seres humanos y está convencida de que en cada genuino esfuerzo humano hay un aspecto luminoso del que podemos aprender.

En la sabiduría humana, elaborada y transmitida por las diversas culturas, la Iglesia reconoce una expresión de la creatividad del espíritu humano, dirigido por el Espíritu de Dios hacia la plenitud de la verdad. «La experiencia del pasado, el progreso científico, los tesoros escondidos en las diversas culturas, permiten conocer más a fondo la naturaleza humana, abren nuevos caminos para la verdad y aprovechan también a la Iglesia»³³.

La búsqueda de la verdad tiene una dimensión comunitaria pues la verdad tiene un carácter social y público. Las verdades se descubren y se forjan en el seno de nuestras prácticas comunicativas³⁴. Los seres humanos no somos simples espectadores de la verdad, sino que tenemos una relación viva con ella, porque somos capaces de reconocer la verdad. La verdad humana está constituida por el saber acumulado construido entre todos a través de una historia multiseccular de intentos, errores, rectificaciones y aciertos.

La Iglesia tiene que estar atenta a esta verdad alcanzada por la humanidad a lo largo de la historia. En ella debe descubrir las «semillas del Verbo» que el Espíritu Santo ha sembrado. El pueblo de Dios tiene que recorrer el camino de la historia dejándose guiar por el Espíritu Santo, para alcanzar la plenitud de la verdad³⁵.

4. HASTA QUE SE CUMPLAN PLENAMENTE LAS PALABRAS DE DIOS

Según lo dicho, la Iglesia no se puede situar ante el mundo con la actitud prepotente de quien considera que tiene toda la verdad y no necesita avanzar más. Al contrario, sólo se puede situar en una actitud humilde y de pobreza. Precisamente porque le interesa la verdad, necesita el diálogo con el hombre y sus culturas y religiones, debe abrir los

32. Cfr. *Fides et Ratio*, 2; *Gaudium et Spes*, 16.

33. *Gaudium et Spes*, 44.

34. Cfr. F. CONESA, J. NUBIOLA, *Filosofía del lenguaje*, Herder, Barcelona 1999, pp. 156-161.

35. Cfr. *Fides et Ratio*, 2.

ojos para descubrir cualquier resquicio de la verdad allí donde ésta se pueda hallar. Todo conocimiento alcanzado, cada verdad encontrada es siempre un jalón hacia la plenitud.

Poco antes de dejarnos, escribía J.J. Alemany: «Si la Iglesia se entiende a sí misma y se presenta ante la humanidad embarcada en el movimiento por el que tiende a la plenitud de la verdad, ¿no está dando con ello un signo de fraternal reconocimiento a otros muchos, en realidad a todos los buscadores de la verdad? ¿no supone esto colocarse en camino con todos ellos, con todos sus sentidos interiores y exteriores alerta para la captación de todos los fragmentos de verdad donde quiera que vayan tomando forma? Al hacerlo así, no dejará de verificar, por supuesto, el grado de sintonía con su propio e irrenunciable mensaje, pero también muestra su disposición a asumir cuanto pueda ser conducente para la incorporación de aquella plenitud que contempla en su horizonte»³⁶.

Ese avanzar en el conocimiento de la verdad no es más que un ir progresando en el misterio insondable que es Jesucristo. Profundizamos en su Palabra y en los signos de su presencia, abrimos los ojos a las semillas del Verbo presentes en las culturas, con el fin de crecer en el conocimiento de nuestro Señor. Y avanzamos en ese camino hacia la verdad completa dejándonos llevar por el Espíritu del Señor resucitado, que nos conduce por senderos a veces insospechados³⁷. Hasta que acontezca la manifestación gloriosa de Jesucristo y se haga patente ante la historia humana que en Él se da la plena manifestación de Dios. Entonces contemplaremos y seremos amados como hijos.

La finalidad de este peregrinaje es alcanzar la plena comunión con Dios. La revelación divina es siempre propuesta de amistad, que culmina en el encuentro y la donación interpersonal. La revelación tiene siempre como fin la salvación. En la plenitud escatológica, la gloriosa manifestación de Jesucristo nuestro Señor (cfr. 1 Tm 6, 14; Tt 2, 13) significará la comunión de vida con Dios, la contemplación y el abrazo amoroso. Por eso, alcanzar la plenitud de la verdad es, al fin y al cabo, alcanzar la plenitud de la comunión con Dios.

36. J.J. ALEMANY, *El diálogo interreligioso en el magisterio de la Iglesia*, Universidad Pontificia de Comillas-Desclée, Bilbao 2001, p. 50.

37. Cfr. *Fides et Ratio*, 92.